

POESÍA Y POÉTICA DE GUSTAVO PEREIRA

Por Magaly Salazar

Actualmente, la literatura venezolana se pregunta, se cuestiona, se investiga, edita estudios y antologías de sus poetas, florece y se muerde la cola, mientras reivindica a uno de sus muertos más notables: el poeta José Antonio Ramos Sucre. Todo ello le permite mantenerse viva en el espacio nacional e internacional. El examen de revistas como "Haa" (1963), "Tabla Redonda" (1959-65), "Rayado sobre el Techo" (1961), "Trópico Uno" (Puerto La Cruz, 1964), "Mandrágora" (1966), "Agua" (1967), "En negro" (Cantaura, 1969), "Testimonio" (1968), "Poesía de Venezuela" y "Cal" (1972) "En letra roja" y "Actual" de Mérida —esta última en circulación todavía—, despierta la conciencia cultural y poética del venezolano ante sí mismo y ante el mundo.

En la década de los sesenta se destacan los poetas Rafael Cadenas con su *Intemperie*, Gustavo Pereira y sus *Preparativos de viaje*, Caupolicán Ovalles con *Buenos días señor Presidente*, Ludovico Silva y su *In vino veritas*, Alfredo Silva Estrada y *Del traspaso*, Juan Sánchez Peláez y *Un día sea*, el irreverente Víctor Valera Mora, mostrando su *Amanecí de bala*, así como Luis Alberto Crespo con su *Resolana* y otros importantes poetas que se destacaron en la capital y al interior del país.

En ese tiempo Gustavo Pereira publica sucesivamente *Los tambores de la aurora* (1961), *Preparativos de viaje* (1964), *En plena estación* y *Hasta reventar* (1966) y *El interior de las sombras* (1968).

En plena estación corresponde a los años de su compromiso político con el Partido Comunista cuando atemperaba sus emociones y su sensibilidad a la vista de la miseria, el arañazo, la mano férrea que sacudía el cuello, las manchas de sangre. Así proclama: "He decidido salir del cuarto, descuartizarme y gritar/ Como uno más, como un ciudadano honesto y patriota/ Sangrienta y rota tengo la camisa sobre la que arrojé un balazo./

Otros han asombrado al mundo por su aspecto de ángeles/ Yo por las tripas colgando de la garganta/ Estoy acorralado en medio de miles de palabras inútiles" (...) "Estoy como un ciego ante el borde un abismo cuya profundidad/ no acierta a conocer con el golpecito de su bastón". En este poema, titulado "Ante el borde", el hombre-poeta se levanta y dice su realidad a través de un lenguaje que traduce sus gestos, impotencias, sensaciones, ternuras, destellos y cotidianidades, y los convierte en musicalidad, ritmo, misterio, potencialidades, y múltiples sentidos. Esa es la magia y el poder del oficiante de la poesía: Poder decir la historia y consagrarla a partir de la palabra. La palabra es vínculo con la historia y con el porvenir. Por eso la poesía involucra al hombre con el tránsito, pero también con la eternidad, reiteración y vuelta a los orígenes y, como dice Blas Matamoros acerca de Octavio Paz: "La poesía hace del hombre más que historia y desaparición, permanencia del instante sin precedentes ni secuencia: el siempre y el todavía, no el antes y el después".

En *De el interior de las sombras*, leemos en el poema "Encuentro de una rosa aplastada y un zapato sin dueño": "Al final / del encuentro de una rosa aplastada y un zapato sin dueño/ Al principio de esta calle curvada sólo por el peso de su tristeza/ Al final de esta sangre vertida de esta boca chupada/ Al final y al principio de la ruta batida por los vientos/ Al final y al principio al comienzo y al fin de estos huesos/ corroidos largamente de sol al comienzo/ de este imperio de sombras al final de las sombras". Este lenguaje no se desprende del mundo de las ideas y de la participación política y se constituye en una de las características de la poesía de los años sesenta de Pereira: el compromiso ideológico. Sobre esta época señala precisamente Luis Alberto Crespo tres situaciones temáticas: el testimonio de la violencia, el develamiento del país y la caída del ser humano. De esta manera el poeta asume su voz y la de los otros hombres, lo uno, porque el poema nombra, deja la huella de nuestra experiencia como un surco, por lo tanto, cambia y transforma la realidad que nos oscurece y para nombrar su rabia se ocupa de múltiples temas como el de la ciudad y la casa, como espacios de sombra y luz, la justicia, la libertad, lo roto, lo sucio, lo feo, la desazón; la soledad. Entretanto, corrían los años

60 y la ciudad seguía con su espinazo de basuras y latas a cuestas y la guerrilla y una mal digerida democracia creaban líderes políticos de tomar armas y otros de armas tomar.

En 1970, Pereira incursiona por vez primera en la forma poética que él denominó Somari. A partir de entonces publica el *Libro de los Somaris* (1973), *Los cuatro horizontes del cielo* (1973), *Segundo libro de los somaris* (1979), *Sumario de Somaris y Tiempos oscuros, tiempos de sol* (1980), *Vivir contra morir* (1988), *La fiesta sigue* (1992), *Diario de Mar* (1992), *Escrito de salvaje* (1993), *Adagio de la desconocida* (1994), *Dama de niebla* (1999), *Cuaderno terrestre* (1999) y *Oficio de partir* (1999). En esos mismos años se editaban antologías de su obra poética como la *Antología poética* con prólogo de Chevige Guaike (1979), *Antología compartida* del Fondo Editorial del Caribe y la *Antología poética* de Monte Ávila Editores, así como otros libros en prosa.

En ese costado que duele hay un lugar de abrigo para los aborígenes venezolanos. Pereira es un estudioso de la literatura, costumbres, mitos, tradiciones y espiritualidad de los indígenas. Sensibilidad aunada al conocimiento que le hacen expresar con ironía el respeto y amor a los pemones que son todos los aborígenes del mundo. Así en *Escrito de salvaje* leemos:

"Los muy tontos no saben lo que dicen
Para decir tierra dicen madre
Para decir madre dicen ternura
Para decir ternura dicen entrega

Tienen tal confusión de sentimientos
Que con toda razón
Las buenas gentes que somos
les llamamos salvajes"

La capacidad reflexiva y la actitud ante la creación, se revelan con tanta autenticidad en el texto poético de Pereira que hizo decir a Juan Liscano: "Nada resulta gratuito, puramente formal, textual, en esta poesía de estremecedora autenticidad. No hay regodeo esteticista ni finalidad constructivista específica."

(...) "Pereira ha leído mucha poesía pero ha sabido organizar sus conocimientos e influencias dentro de una tónica propia". Progresivamente, esta reflexión se agudiza, se condensa, se hace más sabia, más parca y logra sorprender a los lectores. El somari es una piedra fulgurante, de muchas aristas, polisémica, de gran concentración y economía verbal, capacidad de elipsis, valor conceptual, sentencioso a veces, escritura límpida siempre, amparada en su soledad creadora.

En el *Segundo Libro de Somaris*, encontramos ejemplos como:

"Los mayas conocieron las estrellas
Los incas el camino del mar
Yo conozco tu cuerpo y he venido del desierto
Sé que hay una calle allí por la que iré y no me perderé"

En *Tiempos oscuros, tiempos de sol* apunta en otro somari:

"Como la cola de humo que el jet en el crepúsculo
deja bajo
la estrella solitaria
y se disuelve en el polvo del cielo
fui yo para ti
y tú para mi corazón"

En los somaris, la figura del cuerpo y de lo femenino aparecen como necesidad de perpetuar la presencia de la soledad. Es un impulso que va hacia el sujeto y tiende a absorberlo. La mujer en la poesía de Pereira es el otro lado de la realidad, que, aunque está más allá de él, es en el centro de su ser. El cuerpo se transfigura en polvo del cielo, o en la calle por donde pierde los bártulos. Es el eje de la imaginación. La mujer es existencia anterior al sentido. El amor en esta poesía es el deseo de la otredad, alcanzable a ratos, otros, disuelta en vahos.

Son "tiempos oscuros y tiempos de sol" los que canta el poeta quien nos dice que los oscuros son largos como la duda y los de sol, breves como la certeza. En los oscuros, se anuncian la muerte, las alcantarillas, la bala que da en el propio centro del

aire, pero el aire de los pulmones, el de las llagas, y el hambre. La certeza está cerca de lo bello, del amor, de la naturaleza. Así percibimos el "Somari del canto de la piedra:

"Una piedra no cesa de cantar toda la noche
Su canto deja todo lo demás en silencio
Sobre el peñón rocoso los cangrejos apuntan sus ojos
Hacia donde estamos nosotros
Detenidos en la penumbra
La piedra suelta sus hilos de agua
Y la noche la baña toda a ella"

Como resultado de los estudios por Pereira de la poesía y la filosofía oriental, sus somaris se acogen al principio del yin y el yang, pero no como una réplica de culturas distintas a la nuestra, sino como un proceso de reflexión de la existencia y de la palabra en sí, por eso sentimos en esta poesía un espíritu de autenticidad. Yin y yang son dos símbolos que representan los aspectos opuestos y alternantes de los contrastes del Universo: vida-muerte, actividad-reposo, positividad-negatividad, luz-sombra, masculinidad-feminidad. El signo gráfico que los representa expresa en cada uno la presencia del otro. Un aspecto Yin y un aspecto Yang conforman el Tao. Tao es el principio regulador de esa alternancia y de sus cambios.

En muchos somaris de *Sumario de Somaris, Tiempos oscuros, tiempos de sol, La fiesta sigue, Vivir contra morir, Oficio de partir y otros*, se observa una decantada sabiduría en la cual las dualidades del mundo anotadas anteriormente buscan afanosamente la unidad de una manera desgarrada, irónica, amorosa, sentenciosa, solidaria, humilde, bondadosa sin sombra de odio; siempre en su verdad, así no sentimos en esta poesía poses esteticistas ni fórmulas prestadas de algún "ismo". Entonces "resonancia armoniza sonido". ¿Dónde está la vida sino en el arte de "atar sin nudos" como el Tao, como el sabio?

Hay una distancia evidente entre la poesía de Pereira de los años 60 y la de los somaris. Aunque también haya rebeldía, soledad y decepción en esta última etapa de su crecimiento poético, el lenguaje se afianza en la potencialidad de las

palabras y de las ideas de una dualidad existencial que él trata de resolver a través del poema.

En *Tiempos oscuros, tiempos de sol*, el somari "Sigo los cursos invisibles de tus pies en la arena" dice:

"Tengo sed de ti. Lo saben hasta las piedras
Te llamo con voz que sólo oyen los rincones
silenciosos
Pido a gritos tu cuerpo que se aparece como
un deseo alimentado en la soledad
Se apuran las horas de la tarde sobre mi pobre techo
Sigo los invisibles cursos de tus pies
en la arena barrida
y entro en la casa
cabizbajo pensativo..."

Esta es la soledad ontológica, la del desamparo. El hombre desea con sed a su amada a través de los "cursos invisibles de tus pies" y "él la busca entre piedras y la arena barrida pero ella no aparece.

Cada somari, denominación imaginada y bautizada por el autor, es una elíptica y lírica convocatoria de reflexión, poesía, sabiduría, ironía y belleza, en la cual se dan cita los diferentes temas existenciales del hombre y que nos recuerda, en los momentos más estelares de su brevedad, a los haikú japoneses como los del poeta Basho. La fuerza de los verbos y de los sustantivos sostiene con base sólida estas breves lecciones del oficio de escribir. La mirada va a la búsqueda de los enigmas, al descubrimiento del misterio del poema, de su propia ciencia y sus alcances. Los adjetivos son innecesarios porque no añadirían nada. El artista no requiere de imágenes y de metáforas efectistas. El sustantivo se defiende en soledad con el verbo pero ambos están apuntalados por un manejo estético de la palabra y por la verdad del poeta que le da un carácter de autenticidad a la obra. Lo que dice Pereira es muy importante, pero más trascendente es la manera de decirlo, su manera de ver la dualidad y la posibilidad de reunirla y hacer de lo múltiple, la unidad, de atar sin nudos los fragmentos opuestos y

alternantes del Universo: "Entre el sí y el no ¿cuánta es la diferencia?"

A veces, la desazón, la nostalgia y la desmemoria, hacen que el poeta escriba en el "Somari de la nostalgia y el olvido":

"Toda nostalgia es como la ceniza
Queda en el fondo y luego se termina

El olvido es en cambio inescrutable
Nunca se sabe si es de muerte o qué."

MAGALY SALAZAR